

PREGÓN DE SEMANA SANTA

**Iglesia de Santo Domingo
Palma del Río, 20 de marzo de 1999**

Pregonero: Juan Antonio Zamora Caro

Recibí esta palabra del Señor:

Antes de formarte en el vientre,
te escogí; antes de que salieras
del seno materno, te consagré,
te nombre profeta de los gentiles.

Yo repuse: ¡Ay, Señor mío!
Mira que no se hablar,
que soy un muchacho.

El Señor me contestó:
No digas soy un muchacho,
que, donde yo te envíe, irás,
y, lo que yo te mande, dirás.

No tengas miedo,
que yo estoy contigo
para librarte.

Oráculo del Señor.

(Jer. 1, 4-8)

SALUDO Y AGRADECIMIENTO

Sr. alcalde, Sra. presidenta, miembros del Consejo de Hermandades, señoras, señores:

Permítanme que de este saludo sean eliminadas las posibles barreras que impone el frío —y, a veces, vacío— tratamiento protocolario. Quisiera, en cambio, por encima de consideraciones y distinciones varias, dirigirme a vosotros, a todos y cada uno de vosotros, los que ocupáis el estrado y a los que seguís mis palabras desde el auditorio, utilizando un término que identifique a los hijos de Dios, unidos por un mismo amor hacía este pueblo único que es Palma del Río. Ese término no puede ser otro que *palmeños*.

Quiero, hoy, dirigirme a los palmeños presentes, y con sencillez saludaros: Amigos, paisanos, buenas noches y gracias por haber tenido a bien acompañarme en esta singular jornada.

Palmeños por nacimiento, palmeños de adopción, palmeños todos por vocación; por aprecio a nuestra tierra, a la patria chica o grande, según querencia al terruño.

Tengo ante mí, lo sé y lo siento, una parte representativa de esas mujeres y hombres que, con su quehacer diario, se erigen en protagonistas de una historia común, forjada a lo largo de los siglos, con sus luces y sus sombras, grandezas y miserias, que de todo hay en la limitada e imperfecta condición humana. Mujeres y hombres que habitáis el valle del río grande, columna vertebral de Andalucía, pórtico universal de España; Betis romano, andalusí Guadalquivir, que, al confluir con su hermano menor, el Genil, conformaron y conforman el solar perfecto para el tránsito de culturas y sentires foráneos. Por ello es Palma pueblo abierto, pueblo ilustre, pueblo amado.

Hermanas Franciscanas de los Sagrados Corazones, mi más sincero y afectuoso saludo: Paz y Bien.

En alguna ocasión se ha barajado la posibilidad de trasladar el escenario de este pregón. Si así se procediese, considero que se estaría incurriendo en un error. Entiendo que el espacio que nos acoge reúne aquellos elementos materiales, simbólicos y, en mi caso, emocionales, que hacen de él el marco adecuado para expresar vivencias de fe.

En las aulas de este centro conocí las primeras letras. Sus muros albergan retazos de la infancia en forma de recuerdos: juegos infantiles, campañas del Domund, “excursiones” a Santa Clara. En esta misma iglesia puede dirigir, como niño, las oraciones que mi madre me enseñó a la Madre del cielo bajo el título mariano de Inmaculada Concepción. Aquí, por tanto, comenzó mi formación escolar, ampliada posteriormente con los padres salesianos, inspirados en su dedicación docente y pastoral por el sistema preventivo de Don Bosco; modelo pedagógico este sustentado en la educación integral de la persona, así intelectual como ética y religiosa, de forma que el discente alcance un concepto positivo de sí mismo, y adquiera las aptitudes y actitudes que le permitan cumplir con las obligaciones y deberes que su lugar en la sociedad implica. Allí fuiste, y eres, María Auxiliadora. Allí, en la Educación General Básica, encontré buenos profesores, algunos de los cuales son actualmente compañeros de trabajo. Vaya para ellos,

y para tantos que otros que participan de la noble profesión docente, mi gratitud y consideración por la exigente y vocacional labor que día tras día llevan a cabo.

Ha sido notable la aportación de franciscanas y salesianos a la formación académica y moral de este pregonero; valores humanos y cristianos de ellos recibidos y que de seguro quedarán reflejados, siquiera entre líneas, conforme avance el pregón. Gracias.

Hermano Marcos, cuando escribo esto, ignoro el contenido de tu presentación. Asumo con agrado la suerte que supone confiar en las palabras del amigo que bien te conoce. Fue esa la principal razón que me llevó a pedirte que ejercieras de presentador. Un sí indudable, más aún, un sí agradecido fue tu respuesta. Ese sí incondicional por el que se distingue la auténtica amistad. Fue, precisamente, el desempeño como secretario del Consejo de Hermandades, durante tu presidencia, lo que motivó mi vinculación a la familia *semanasanta*, haciendo uso de una expresión que te he escuchado muchas veces.

Como secretario del Consejo y como contertulio de 'Dial cofrade' he compartido, y pienso seguir compartiendo, buenos momentos con un caballero al que no le van las medias tintas, y cuyas señas de identidad más evidentes son la valentía, la transparencia y la honestidad. Hace ahora un año, culminaste uno de los proyectos por los que más has luchado: la publicación de los primeros pregones organizados por el Consejo de Hermandades. Tu gusto por la historia y por la Semana Santa coinciden en una obra que no sólo viene a aumentar la producción bibliográfica dedicada a nuestro pueblo, sino que enriquece su acervo cultural. En aquella ocasión, me brindaste la oportunidad de presentar el libro; hoy, me devuelves el favor. Por todo ello, gracias, Marcos. Quiera el cielo que este año rece y reflexione el pueblo ante la divina contemplación del Cristo de la Expiración y María Santísima de los Dolores; que vuelvan las sagradas imágenes a recorrer las calles de Palma del Río en medio de ese tan apropiado ambiente de recogimiento que se crea a vuestro paso.

Carlos Corredera Reyes, pregonero joven porque así lo determina su fecha de nacimiento, pero con la suficiente madurez y experiencia cofrade si atendemos al fantástico pregón que en la noche de ayer pronunció. Pregonero joven, joven creyente, ejemplo de compromiso cristiano para muchos otros jóvenes. Pregonero adulto, cuyas palabras guardan perfecta coherencia con los actos, ya que el testimonio de fe que anoche dio obedece fielmente a su intensa actividad como cofrade, como catequista y como miembro activo de la comunidad cristiana de Palma. Carlos, enhorabuena nuevamente y gracias por tus amables palabras.

Quisiera también hacer mención de un cofrade ejemplar, palmeño y *palmeñista* de pro: Eloy Viro Espejo. Amigo Eloy, cuando se aplauda a la agrupación musical que interviene en este acto, parte de esos aplausos estarán a ti dirigidos, porque eres tú quien ha seleccionado las marchas que van a ser interpretadas. Que esos aplausos se tornen en

agradecimiento y quiera Dios que algún día colmes este mismo atril de sentimiento; lo mereces sobradamente.

IMPRESIONES E INTENCIONES

«Enhorabuena, pregonero». De esta forma, Belén González me hacía participe de que el Consejo de Hermandades, que ella preside, había decidido ofrecerme el gran, y considero que inmerecido, honor de pregonar la Semana Santa de Palma del Río.

«Gracias, muchas gracias. No sé qué decir. Espero hacerlo lo mejor que pueda», fue mi respuesta. Palabras entrecortadas, propias de un instante donde sopesar pros y contras tiene difícil cabida.

Pasa el tiempo. En transcurso de los días borra la impresión primera y concede la perspectiva suficiente para experimentar las más diversas sensaciones. A la emoción e incluso al entusiasmo, sucede, he de confesarlo, el temor. Temor ante la responsabilidad contraída. Inquietud ante el vértigo que produce pensar que se asume un cometido principiado por los profetas que prefiguraron la Pasión, y, ya en nuestros días, retomado por esos pregoneros de Dios que me precedieron, de manera encomiable, en la difícil tarea que hoy me ocupa.

Horas en blanco, brotes de inspiración, para al final llegar a una conclusión que sólo se alcanza a través de la oración, cuando la oración es escucha: toda preocupación no es sino una pequeña gota que, a poco lo pidas, se diluye en el océano de misericordia divina. Si todo queda en manos del Padre, qué temer. Dejar que las ideas fluyan libres desde el corazón, que es el órgano vital que dicta escritos sinceros. No pongamos trabas al Espíritu; lo demás vendrá por añadidura.

Un primer convencimiento que se une al continuo apoyo de la familia, los amigos, María... Gracias a todos por ayudarme a mantener firme el ánimo, por las acertadas observaciones que corrigen y pulen el texto, por el silencio cómplice que apacigua, por compartir con este aprendiz de pregonero un tiempo pleno en nuevas experiencias.

EXHORTACIÓN

Palmeños que me escucháis, si esperáis un pregón salpicado de anécdotas — propio de un cofrade con experiencia de años—, quizás os sintáis defraudados. Palmeños que seguís mis palabras, vano será vuestro deseo si buscáis emocionaros con exaltaciones líricas. Ya quisiera yo agradaros, respondiendo a tal expectativa, pero está privado mi cálamo de la virtud poética. Ya quisiera yo satisfaceros, adornando el discurso con versos o con una prosa cargada de evocaciones y un sinfín de metáforas, imágenes y alegorías, pero no puedo. Si así actuara, estaría interpretando un papel en el que no me siento cómodo, y lo que es peor, estaría siendo deshonesto.

Espero, a cambio, contar con vuestra aprobación, si hago uso de un lenguaje cercano, pero atento a las especiales circunstancias en que se elabora. Hablamos, nada más y nada menos, que de abordar, en algo más de media hora, la dimensión más profunda de nuestra realidad como creyentes. Para llegar a ello, bastaría, en principio, con hacer silencio interior e ir considerando pausadamente lo que para cada uno de nosotros se desprende de la siguiente cuestión: ¿qué sentido tuvo y tiene la pasión y muerte de Jesús?

Es voluntad de quien os habla, manifestar su humilde respuesta. Si me acerco al objetivo, me daré por satisfecho. Será ese el sentido de este pregón. Pregón que por su aspecto formal podrá gustaros o no, pero que, por las impresiones que contiene, es reflejo sincero del sentir de alguien que ha sido invitado a hablar públicamente de su fe. Publicación carente de presunción. No puedo ni quiero presumir de buen cristiano porque no lo soy; y, si acaso llegar a serlo, os puedo asegurar que el mérito no sería mío, sino de aquellas personas que Dios se encarga de ponernos en el camino que nos acerca a Él.

Y aquí estoy. Ante su presencia y la de todos vosotros, dispuesto a anunciar un trascendental acontecimiento, acaecido hace más de dos mil años, y a recordarlo, aportando mi particular punto de vista. Toda incorrección, por tanto, corresponderá en exclusiva al pregonero. Los aciertos, de haberlos, a sus seres queridos y a quienes en él confiaron para sacar adelante el encargo. En cualquier caso, la conciencia del pregonero permanecerá tranquila, marchándose este como llegó: en paz consigo y con sus hermanos.

LA JERUSALÉN PALMEÑA

Un aldabonazo altera la unción cuaresmal. Avanzando por el camino de conversión, continuemos trayecto hasta la Pascua de Resurrección, pero, antes, demos por iniciados, con este, los actos y cultos organizados con motivo de la Semana de Pasión de 1999, umbral del Jubileo dedicado por la Iglesia al Padre Dios.

Entre las grandes preocupaciones del hombre actual está la de sentirse solo, apesadumbrado e inseguro. Frente a esta postura limitante y pesimista, Jesús nos descubre que Dios es nuestro Padre y nos invita a confiar en Él, a permanecer alegres en su Amor. En prueba de este Amor, el Creador envió a su único Hijo, a sabiendas de que sería objeto de escarnio y, finalmente, ajusticiado. «Bendito sea (pues) el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales y celestiales» (*Cántico de la Carta a los Efesios*, 1,3).

Domingo de Ramos. Radiante de primavera recibe la Jerusalén palmeña a Aquel que viene en nombre del Señor. Se le abrirán de par en par las puertas de la ciudad y se sentirá arropado por una comitiva de infantes que, rama de olivo en mano, formarán cortejo junto a Él desde el Colegio Salesiano. Bendice a esos niños, Maestro. Haz de ellos digna cantera cofrade y procura que el día de mañana se desenvuelvan en la vida como buenos cristianos y honrados ciudadanos.

Hermanos de la Entrada Triunfal de Jesús en Jerusalén, es esa la tarea que Dios nos encomienda. Una tarea que seguro se culminará cuando se unan en un mismo propósito la juventud y energía de la nueva Junta Directiva y el saber y buen hacer de aquellos que nos precedieron al frente de la Hermandad.

¡Llenaos de gozo, palmeños, que os visita el Salvador!

Abrid ventanas y que la Luz del Mundo ilumine vuestro hogar y vuestros corazones.

Recuperad la calle, que ha de ser espacio de celebración y convivencia.

Portad palmas, ramas de olivo, y aclamad al Señor de la Historia que, fiel a su humilde origen, llega montando un pollino.

Dejad paso, a Él y al tropel de chiquillos que se le ha unido.

Sonrisa franca, mirada inocente, instantes de gloria, antes de que se cumpla lo que está escrito...

«Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te envían» (Mt. 23, 37). ¿Cuántos en tu solar han encontrado la muerte por no callar la verdad? ¿Cuántos en la Jerusalén del mundo han entregado la vida, luchando por la justicia?

PASIÓN Y MUERTE EN PALMA DEL RÍO

«Bendito el que viene en nombre del Señor» (Mc. 11, 9). Qué frágil es la voluntad humana. Los mismos que te acogimos con fervor, ahora te rechazamos. El mismo pueblo que te aclamaba como Hijo de David, no moverá un dedo cuando levanten contra ti falso testimonio, cuando te acusen de blasfemo, de conspirador. No pararán hasta acabar con tu vida.

Y, sin embargo, tu muerte será triunfo, como triunfal fue tu entrada en Jerusalén. De aquella partirá la salvación y la remisión del pecado. Antes de que se cumpla lo que estaba escrito, reunido con tus discípulos más cercanos en la Última Cena, entregarás, en gesto premonitorio, con el pan, tu cuerpo, con el vino, tu sangre.

Lunes Santo. Las calles de Palma se transforman en Vía Dolorosa. «Perdona a tu pueblo, Señor». Camina hacia el Calvario el Cristo de las Aguas. Noche cerrada, rumor de rezos. Estaciones de penitencia propicias para recapacitar, para reconocer el error que supuso abandonarte.

Cristo de las Aguas, fugaz fue nuestra compañía. Evitamos el dolor, la sinrazón de verte clavado al madero. Dolor con el que redimes nuestra incurable cobardía. La misma cobardía que hará que, antes del alba, te hayamos negado tres veces e incluso más. Así, pagamos tu sacrificio; negándote una y otra vez, traicionando tus enseñanzas, dando la espalda al que nuestra mano pide. Con ello, lejos de procurarte alivio, sólo aumentamos tu angustia en las horas postreras.

Alimentamos la agonía, nos vence el sueño, como nos vence la indolencia y la falta de compromiso; la indiferencia hace oídos sordos ante el clamor de la injusticia que se va a cometer, y ante las injusticias que a diario se cometen. Tú, Jesús, mientras tanto, experimentas los momentos más amargos, rodeado de una soledad infinita.

«Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz» (Mt. 26, 39). Martes Santo. Te has retirado al Huerto que llaman de los Olivos, donde comienzas a orar. Rodilla en tierra, diriges la mirada a las alturas. Un ángel rompe con su luz la oscuridad circundante, como queriendo recubrir de esperanza tu pesar. La congoja revela tu condición humana; la confianza en la voluntad del Padre, la humildad, tu naturaleza divina. Ambas concurren en la oración, que es plegaria dirigida a quien sólo desea lo mejor para ti.

Palma recrea Getsemaní. En el ánimo de cientos de figurantes un único anhelo: que las fuerzas no flaqueen, que halles en la oración la fortaleza para soportar el martirio. El plan eterno ha de cumplirse. Jesús orante personifica el poder de la oración —de la suplica a la acción de gracias—, como medio para experimentar consuelo en medio de la tribulación. Él mismo, a través del *Padre nuestro*, nos mostró la forma más sencilla de dirigirnos a Dios.

Con un beso entregan al Nazareno. Con un gesto de amor, terrible paradoja, se cometer la mayor de las traiciones. Jesús guarda silencio, rechaza la violencia, venga de donde venga. Su actitud serena pone al descubierto la miseria moral de quienes ordenan prenderlo. En la hora de las tinieblas, acepta el arresto, sabedor de que de su suerte dependerá la salvación de aquellos que, precisamente, viven en tinieblas y en sombras de muerte.

Jesús, cautivo, permanecerá callado, mientras sobre su persona se viertan acusaciones falsas. No reacciona ante la calumnia, pero su mutismo no es asentimiento; es el silencio consciente de quien ya sabe que su destino está escrito. Sólo alzará una vez la voz contra la farsa para afirmar que es el Mesías anunciado por los profetas.

Jesús cautivo, difícil ha de ser soportar injurias e insultos.

Qué extraordinaria lección de templanza, de paciencia, también de resignación.

«Varón de dolores que sabes lo que es sufrir».

Cómo alcanzar tu rostro para borrar la mancha de Judas.

Indignos somos y sólo esperamos de tus labios unas palabras de piedad y perdón.

«Mi alma está triste hasta la muerte» (Mt. 26, 38). Miércoles y Jueves santo. En el Calvario palmeño se consuma el misterio de dolor que comenzó en Getsemaní. Solicita permiso el pregonero para aunar ambas jornadas, y, guardando fidelidad al Evangelio, reflexionar sobre el sentido cristiano de la cruz. Lo hace ante la contemplación del Señor de la Salud, a quien las mujeres y hombres de los pagos profesan una devoción tan arraigada como arraigo tiene la presencia de las feraces huertas, que ellos trabajan, en el paisaje agrario palmeño.

Cruz, signo de contradicción, patíbulo impuesto a personas de baja condición.

Ejecución degradante, escándalo supremo.

Cómo puede el Hijo de Dios padecer y morir en la cruz

Cruz, expresión de la acción redentora de Cristo,

tránsito de la humillación a la liberación,

punto en que la muerte cobra sentido y deja de ser un fracaso.

«Dando una gran voz, expiró» (Mc. 15, 37). No es la voz de un moribundo, pues pertenece al señor de la vida que, con su muerte, acaba con la muerte y restaura la vida. A cuantos viven con esta esperanza, la muerte es tránsito a la vida eterna.

Fijaos en el Señor de la Expiración, nada más deje la iglesia parroquial de la Asunción. Observad con detenimiento la cruz. Cruz que llama a la participación del cristiano en el misterio; cruz de salvación que invita a testimoniar la fe en Cristo en medio de los hombres, porque de ella emana un enorme efecto transformador. María Magdalena, que asiste a la agonía, es buena muestra de ello.

Madrugada del Viernes Santo... silencio. Silencio más expresivo que la palabra. Silencio contemplativo, lleno de contenido, de la egregia presencia de Jesús Nazareno a las puertas del "pretorio" de San Sebastián.

Aliento contenido, atmósfera silente que da cumplimiento a la profecía: «Caminaré entre vosotros, seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo» (Lev. 26, 12) Todas las miradas se dirigen a Él, al Cordero de Dios que carga con los pecados del mundo. Pero no miréis a Jesús Nazareno como reo obligado a cargar con el instrumento de tormento; hacedlo reconociendo en Él al redentor que entrega la vida por los demás. Vivamos la madrugada como estado previo a la aurora, y advirtamos por entero el auténtico significado del Misterio Pascual.

Antes de que amanezca, empero, habremos de guardar luto. Cristo ha muerto. Su cuerpo inerte recorre las calles de Palma, acompañado por la Hermandad del Santo Sepulcro. Jesús, que vivió y padeció como hombre, experimenta, como hombre, la ineludible realidad de la muerte.

Impresiona la contemplación de Cristo yacente. Ante la presencia inquietante de la muerte afloran los miedos, asoma la mayor aflicción ante una situación que, sin duda, nos supera, nos pone a prueba. Afecta la muerte y el vacío, el desconsuelo, que deja. Conmueve ver a Cristo exánime la noche del Viernes Santo, y desasosiega aún más el hecho de reconocer que sigue muriendo cada día en la noche del odio, de la guerra, del terrorismo, de la injusticia, del absurdo. Cristo muere cuando se imponen la intolerancia, la explotación del hombre por el hombre, cuando hacemos oídos sordos a su mensaje de paz, de amor, de fraternidad, de libertad.

Es entonces, cuando, en medio de la desolación, surge, inevitable, la pregunta:
¿Qué sentido tiene la muerte? ¿qué sentido tiene tu muerte, Señor?

AL TERCER DÍA

Para aquellos que creen, nada muere en el Reino de Dios. Domingo de Resurrección. El triunfo final de Cristo sobre la muerte fundamenta la fe cristiana, aportando a la existencia un nuevo significado.

El mismo Jesús lo había anunciado: habrá un tercer día en que irrumpa triunfante la acción salvadora de Dios; un tercer día de esperanza que altere el triste designio y traiga, en su lugar, luz de fe y vida.

¡Cristo resucitado, rompe las cadenas del dolor y las tinieblas! Muestra el poder de tu imagen glorificada, donde se manifiesta la filiación divina.

¡Cristo resucitado, no permitas que tu pueblo de Palma, ese mismo pueblo que con sincera devoción participó de tu agonía, quede postrado! Imprégnao de tu Espíritu, para que, unido a ti, avance hasta el tercer día y anuncie tu presencia viva como pilar de la esperanza cristiana.

¡Palmeños, estad alegres cuando llegue el tercer día y proclamad que Cristo vive!

Cristo ha resucitado, pregonadlo en la mañana.

Creemos en la vida para siempre.

Renuncie a la muerte aquel que quiera vivir.

Cristo ha resucitado, pregonadlo al atardecer.

Comencemos a vivir una vida de resucitados cuanto antes.

Desprendámonos del pesimismo paralizante.

Cristo ha resucitado, pregonadlo al caer la noche.

El Reino de Dios esté en marcha, nada lo detendrá.

En él, el hombre verá en el hombre al prójimo, al hermano.

Cristo ha resucitado, pregonadlo del alba al ocaso.

Hay un Amor y una vida nueva para todos.

«Sabed que yo estoy con vosotros hasta el final de los tiempos» (Mt. 28, 20). El mismo día de la ascensión a los cielos, Jesús asegura que se quedará entre nosotros. No

sólo entre sus primeros seguidores, también entre los que después han participado de sus enseñanzas y los que en el futuro seguirán participando de ellas. Sabemos, pues, del misterio de su presencia porque el mismo lo afirmó, aunque sólo pueda advertirse si el corazón se abre al misterio de la fe.

MARÍA, MUJER Y MADRE

«Junto a la cruz de Jesús, estaba su madre» (Mt. 19, 25). María presenció la muerte del Hijo amado. Mayor pesar no cabe. Difícil contener la emoción ante el rostro afligido de una Madre que acepta la misión corredentora, porque María fue la primera redimida desde el momento mismo de su concepción inmaculada.

En la suprema hora de la muerte, Jesús se dirigirá a María como mujer y madre. Mujer entregada, sin condiciones, al misterio, a la voluntad del Padre. María, modelo de mujer, madre virginal de Jesús, esposa de José.

María, madre de la humanidad, madre de la Iglesia, orienta y protege a cuantos como madre te veneran. De entre estos, a aquellos de tus fieles devotos que conforman el colectivo cofrade; grupo diverso, como diverso es el modo de vivir la fe, pero unido por un vínculo de común admiración a la Madre de Dios en sus diferentes advocaciones. Es, así, María:

Madre de Palma y Esperanza, por cuya intersección confiamos en las promesas de Cristo.

Madre de la Concepción, belleza serena, que nos acompaña de las dificultades.

Madre de los Dolores, que con amor acoge la plegaria sincera.

Madre de la Piedad, fuerza sublime que lleva el Evangelio al corazón del pueblo.

Madre de la Aurora, luz del nuevo día, que nos guía hacía esa vida en plenitud que se materializa cuando, depositando en Ella nuestra confianza, atendemos al consejo: «Haced lo que Él os diga» (Jn. 2, 5).

Es, asimismo, Madre que alentó e inspiró lo expuesto por este paisano al que un día se le ofreció la oportunidad de ser pregonero. El mismo pregonero que a Ella se encomendó y fue obsequiado con su amparo.

EPÍLOGO

Acabo, pero, antes, quede constancia del siguiente deseo: que Dios os bendiga y la Virgen de Belén os acompañe en el camino de la vida.

Actúe como dictaron mi corazón y mi conciencia. Únicamente pretendí compartir una muy modesta experiencia de fe. Resta despedirme con una máxima, que, de cumplirla, nos convertirá a todos en pregoneros de hecho, dando testimonio de nuestro credo cuando la ocasión lo exija: vale más pregonar con el ejemplo que con la palabra.

He dicho.

